

¿Desafía la inteligencia artificial al psicoanálisis?



ÁLVARO ZAS¹

DOI: 10.36496/N142.A1

ÁLVARO ZAS / ORCID: 0009-0009-2173-0065

RECIBIDO: ABRIL DE 2026

ACEPTADO: MAYO DE 2026

RESUMEN

A partir de un intercambio entre una ingeniera, un filósofo y un psicoanalista sobre inteligencia artificial y su relación con el psicoanálisis, el trabajo desarrolla una serie de interrogantes sobre los desafíos que presentan a la práctica psicoanalítica los avances actuales en inteligencia artificial. Luego de reseñar las diferencias entre la inteligencia humana y la inteligencia artificial algorítmica se enumeran cinco líneas de desarrollo posible de «superinteligencias» y cuáles muestran potenciales desafíos a las teorizaciones psicoanalíticas actuales. Algunos de los cambios en los desarrollos tecnológicos ya están teniendo impacto en los procesos actuales de subjetivación y es posible que tanto la ingeniería genética como el desarrollo de implantes digitales en los organismos vivos sean capaces de impactar aún más profundamente a estos procesos.

DESCRIPTOR CANDIDATO: INTELIGENCIA ARTIFICIAL

DESCRIPTORES: TECNOLOGÍA, INTUICIÓN, INTELIGENCIA, ÉTICA, POSMODERNIDAD, INTERDISCIPLINA, VERDAD, CREATIVIDAD.

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.
alvarozas@adinet.com.uy

ABSTRACT

Starting from an exchange between an engineer, a philosopher, and a psychoanalyst on artificial intelligence and its relationship to psychoanalysis, this paper explores a series of questions about the challenges that current advances in artificial intelligence pose to psychoanalytic practice. After outlining the differences between human intelligence and algorithmic artificial intelligence, five possible lines of development for «superintelligence» are listed, along with which of them present potential challenges to current psychoanalytic theories. Some of the changes in technological developments are already impacting current processes of subjectivation, and it is possible that both genetic engineering and the development of digital implants in living organisms could have an even more profound impact on these processes.

CANDIDATE KEYWORD: ARTIFICIAL INTELLIGENCE

KEYWORDS: TECHNOLOGY / INTUITION / INTELLIGENCE / ETHIC / POST
MODERNISM / INTER-DISCIPLINE / TRUTH / CREATIVITY

*Come writers and critics
 Who prophesize with your pen
 And keep your eyes wide
 The chance won't come again
 And don't speak too soon
 For the wheel's still in spin
 And there's no tellin' who that it's
 namin'
 For the loser now will be later to win
 For the times they are a-changin'.
 The times they are a-changin'.*

— Bob Dylan

INTRODUCCIÓN

Este trabajo surgió de un intercambio al que fui invitado a participar en el marco de las actividades científicas abiertas organizadas por la Asociación Psicoanalítica del Uruguay en abril de 2026. Para el caso concreto, se trató de un evento llamado *Inteligencia artificial y psicoanálisis. Encuentro entre tribus*, en el que se me propuso un diálogo abierto y sin pautas preestablecidas con la ingeniera María Simon y el filósofo Agustín Courtoisie, con la posterior intervención del público. En la preparación de ese intercambio consulté distintas fuentes, además de mantener un interesante diálogo con los otros dos expositores, del que fueron surgiendo algunas ideas que trataré de desarrollar en lo que sigue.

Debo aclarar desde el inicio que no soy un usuario ni consultante consuetudinario de la inteligencia artificial en sus plataformas disponibles actualmente y que he tenido frente a ella una cierta distancia, mezcla de inquietud y curiosidad. Curiosidad sí he tenido siempre por la tecnología y por las posibilidades que abre en todos los campos. En particular, respecto de la informática, la que creo que ha generado una democratización del conocimiento sin precedentes en la historia de la humanidad. Sé que podría discutirse esta afirmación, pero en la perspectiva que nos

brinda la historia es innegable que, de las luchas de los enciclopedistas de comienzos del período de la Ilustración a la existencia de recursos como Wikipedia, al alcance de cualquiera que pueda conectarse a internet, hay una evolución notoria.

Hace un tiempo, en ocasión de una visita a Montevideo, Hans Ulrich Gumbrecht manifestaba que hoy el problema no es contar con información sobre el tema que se quiera, sino saber qué hacer con ella, con toda la masa de datos que nos ofrece la red y los efectos que tiene sobre los espacios que compartimos (Álvez Francese, 2016).

Esa curiosidad fue entonces la que me llevó a aceptar participar en el encuentro e investigar más a fondo realidades y desafíos que presenta la inteligencia artificial a nuestra disciplina. Al hacerlo, experimenté algo sobre lo que había leído hace mucho en el prólogo que escribió Borges (1955) a la edición en español de *Crónicas marcianas* de Bradbury. Allí, manifestaba la inquietud y la zozobra que el texto le produjo. Pues algo parecido me ocurrió a mí: por un lado, la sorpresa, por otro, un temor difuso.

Hoy no se trata de acercarnos, al pensar en la inteligencia artificial, a ese género que a veces se denomina con cierta displicencia «ciencia ficción», pese a ser un género literario tan válido como cualquiera para describir lo humano. Pero es innegable que los cambios que la ciencia y la tecnología han hecho desfilar frente a mis ojos a lo largo de mi vida, que la impactan profundamente, me llevan a interrogarme cuál es el camino que habrán de tomar y hacia dónde nos han de llevar en el tiempo que me queda por ver.

Sí, «los tiempos están cambiando». Por eso, quiero dejar en este número de la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, donde se celebran sus 70 años de historia continua, una pregunta formulada que, sospecho, habrá de ser retomada en los números que han de seguir por colegas «nativos de las computadoras», que han crecido en un tiempo donde estos recursos son parte de su realidad desde el inicio de sus vidas.

Repasar los números de la RUP es encontrar, constantemente, junto con la reflexión profunda sobre la práctica psicoanalítica, preguntas acerca de los impactos de cada época en esa misma práctica. Es cierto que no solo la revista los refleja. Los congresos organizados por la APU —desde el primero («La neurosis hoy», 1995) hasta el último («Vivir en 2024 y

después. Erotismo y subjetividades en mutación»), o el que se anuncia cuando escribo estas líneas, para fines de 2026 («Psicoanalizar hoy. Lo íntimo, lo ominoso y lo virtual») — han atendido el desafío de hurgar en ese espacio entre lo íntimo y lo compartido, entre lo subjetivo y las realidades históricas en que esas subjetividades se moldean. Por eso, vayan ahora estas líneas para pensar el efecto que este recurso, la inteligencia artificial, podría tener en nuestras prácticas.

No se trata de hacer pronósticos. El psicoanálisis es reacio a hacerlos. Siempre vamos detrás de los hechos, tratando de entender lo que ha pasado y resignificarlo. Pero viendo lo que está ocurriendo ya y pensando, a la luz de lo que se investiga y desarrolla en ese campo, lo que es factible y cercano que se logre, es razonable plantear algunas inquietudes.

INTELIGENCIA. HUMANA. ARTIFICIAL

La inteligencia no es objeto de estudio del psicoanálisis. No nos ocupamos de su desarrollo más que muy colateralmente. Tampoco nos ocupamos de estudiar las etapas de desarrollo del pensamiento lógico, como sí se ocupan distintas ramas de la psicología o las neurociencias. Sin embargo, obviamente, no somos ajenos a ella ni dejamos de utilizarla o de tenerla en cuenta en todos los momentos de nuestra práctica o de nuestra producción teórica. Ya desde sus trabajos sobre técnica, Freud (1913/1986) menciona a la inteligencia como un factor propiciador del trabajo analítico, junto con el interés intelectual, que no debe ser confundido con el mecanismo de la intelectualización. Idea similar va a proponer años después en su conferencia sobre la transferencia (Freud, 1917/1984), en la que vuelve a señalar la inteligencia del paciente interviniendo en el proceso analítico y la muestra como un elemento del que se puede valer el analista para el trabajo.

El ahora poco mencionado concepto de *analizabilidad*, que era objeto de reflexión en los tiempos de comienzo de mi práctica, también apuntaba a tomar en cuenta la inteligencia del futuro analizante al momento de las entrevistas iniciales. Así, por ejemplo, lo menciona Liberman (1980) de forma expresa cuando invita a «detectar el nivel intelectual y diferencias entre variaciones de rendimiento en diversas áreas de la vida actual» de la persona en los encuentros iniciales (p. 120).

La producción teórica psicoanalítica, aunque sea obvio decirlo, es un ejemplo notorio de una profunda labor intelectual, aun en aquellas escuelas que menos hagan referencia a esta. No podemos dejar de hablar desde la conciencia. Desde allí inferimos y conjeturamos qué significan los despojos que nuestros sueños van arrojando en la orilla, como le escribía Freud (1950/1992) a Fliess en los momentos del proceso de descubrimiento del psicoanálisis.

Estamos atravesados por el deseo inconsciente y sus efectos los pesquizamos desde este lado de la división que marca a nuestro psiquismo. Tal vez el concepto de *sublimación*, como destino de pulsión, del que Freud no nos dejó mucho escrito, sea el que contenga algo que se aproxime a la inteligencia como característica del pensamiento. La inteligencia misma, ya desde el campo de la psicología, no tiene una definición unánime. Es relacionada por Piaget (1973) con la capacidad de adaptación al medio que nos rodea a través de un equilibrio entre los procesos de asimilación y acomodación, idea que desarrolla en toda su obra. En un artículo de Michel (2024), al que luego me referiré, encontré una mención a otro teórico contemporáneo de la inteligencia, Howard Gardner, quien señala que no deberíamos hablar de una inteligencia única, sino de lo que denomina «teoría de las inteligencias múltiples», un conjunto de capacidades diferentes. En una definición que encuentro en internet, Gardner (Unir, 2025) la describe así: «Conjunto de capacidades cognitivas independientes y relacionadas entre sí que permiten a las personas resolver problemas, crear productos valiosos en la cultura y destacar en diferentes áreas de la vida». Para Gardner, podrían describirse distintos modos de inteligencia. Wikipedia (Teoría de las inteligencias múltiples, 2026) enumera 12:

LINGÜÍSTICO-VERBAL. Consiste en la dominación del lenguaje.

LÓGICO-MATEMÁTICA. Capacidad de conceptualizar las relaciones lógicas entre las acciones o los símbolos.

VISUAL-ESPACIAL. Capacidad de reconocer objetos y hacerse una idea de sus características.

MUSICAL-AUDITIVA. Capacidad para reconocer los caracteres del sonido.

CORPORAL-KINESTÉSICA. Capacidad para coordinar movimientos corporales.

INTERPERSONAL. Capacidad de la empatía y de entender la elección de las amistades, pareja, etc.

INTRAPERSONAL. Habilidad de conocerse a uno mismo, por ejemplo, sus sentimientos o pensamientos, etc.

NATURALISTA. Sensibilidad que muestran algunas personas hacia el mundo natural.

EMOCIONAL. Abarca habilidades para reconocer, comprender y manejar emociones propias y ajenas.

EXISTENCIAL. Meditación de la existencia. Incluye el sentido de la vida y la muerte.

CREATIVA. Consiste en innovar y crear cosas nuevas.

COLABORATIVA. Capacidad de elegir la mejor opción para alcanzar una meta trabajando en equipo.

Ahora bien, ¿qué elemento, entre todas estas posibles facetas de la inteligencia, deberíamos destacar como central? Michel (2024) lo hace en el concepto de *creatividad*. Si bien formas de la inteligencia que describe Gardner podrían excluir la creatividad y ser parte de un dispositivo de inteligencia artificial, Michel insiste en la definición que este da y, sobre todo, en la expresión «relacionadas entre sí» que tienen estas características de la inteligencia. Lo cito textualmente:

Todo en el ser humano está “relacionado entre sí”, porque somos sistemas vivos que se mantienen en homeostasis. Todas las capacidades que tenemos están relacionadas unas con las otras. Por eso, si la IA [inteligencia artificial] está desprovista de algo tan importante como “la creatividad”, no podría considerarse inteligente; se trataría solamente de máquinas o instrumentos que pueden ayudarnos a resolver problemas, e incluso superarnos en algunas destrezas.

Michel (2024) también señala la importancia de la «espontaneidad» en la inteligencia como factor definitorio. Y lo combina con las ideas aristotélicas de causalidad eficiente y causalidad final para marcar la diferencia de la inteligencia humana con la inteligencia artificial. La causalidad eficiente es la que es capaz de producir un cierto cambio o efecto sobre algo,

por ejemplo, el golpe de martillo que efectúa un herrero sobre el metal caliente. La causalidad final es el propósito o fin para el que una acción se realiza. En el ejemplo anterior, golpear el metal con la finalidad de crear un objeto determinado, una herramienta. La autora recalca que si bien la inteligencia artificial puede ejecutar tareas con una causalidad eficiente, carece de una causalidad final propia, una intención a la que tienda su accionar por decisión propia.

En el intercambio previo con los panelistas tuve acceso a un interesante libro de Courtoisie (2026), *Filosofía de la técnica*, del que resalto tres capítulos en particular: «IA-Forismos», «Inteligencia artificial, otro desafío para la filosofía de la técnica» y «Máquinas éticas». Del primero de ellos extraigo una cita a otro texto, este de Ardao (1993), quien agrega otro concepto que, a su juicio, es determinante para diferenciar la inteligencia de la razón: la intuición. Reseño algunas frases para ampliar esta idea:

- La inteligencia es la razón, cuando esta deja de ser estática, geométrica, abstracta, formal, para volverse dinámica, vital, concreta, intuitiva.
- La inteligencia no se confunde con la razón, pero tampoco con la intuición; no por ello es opuesta ni distinta por esencia ni de la una ni de la otra.
- La inteligencia abarca a la lógica porque incluye a la razón; pero la sobrepasa al incluir al mismo tiempo a la intuición.
- La inteligencia es la razón enriquecida por la intuición, en lo que esta tiene conjuntamente de imaginación, sentimiento e instinto, es decir, de experiencia (p. 154).
- **En la inteligencia, la intuición es el eros del logos** [énfasis añadido] (p. 155).
- Las metáforas, desde las poéticas hasta las filosóficas, pasando por las coloquiales, no le hablan a la razón: le hablan a la inteligencia.
- No se puede razonar sin ejercer la inteligencia; pero se puede ejercer la inteligencia sin razonar.
- La razón no es creadora; creadora es la inteligencia, en la acción, en el arte, en la ciencia, en la filosofía (p. 156).

Todo este rodeo es necesario para diferenciar lo que puede la inteligencia humana frente a lo que puede —o no— la inteligencia artificial.

Ni creatividad ni espontaneidad ni intuición son características hoy de la inteligencia artificial. Recalco la idea de ese *hoy* cuando escribo esto, en abril de 2026.

Desde 1965 se formuló una ley, conocida como Ley de Moore, que sostiene que la capacidad de las computadoras se duplica cada año y medio. La capacidad que se duplica es la de almacenamiento y procesamiento de datos. Las computadoras guardan más datos y los combinan más rápidamente. Pero no necesariamente significa que son más inteligentes por ello. Pueden cumplir los programas que se les asignan con una eficacia y velocidad mayores que la de cualquier ser humano en esa tarea específica. Pero, por ahora, no son capaces de crear o intuir pasos distintos que aquellos que el programa les asigna. Pueden aprender. Usan los datos de que disponen para realizar combinaciones de forma cada vez más acelerada. Pueden deducir o inducir, pero no son capaces de utilizar un razonamiento abductivo, esto es, un tipo de «razonamiento que, a partir de la descripción de un hecho o fenómeno, ofrece o llega a una hipótesis que explica las posibles razones o motivos del hecho mediante las premisas obtenidas» (Razonamiento abductivo, 2024). Según el artículo de Wikipedia citado, el filósofo Charles Sanders Peirce lo denomina «conjetura», un tipo de razonamiento que, creo, usamos constantemente en nuestra práctica.

Además, y esa es la gran diferencia que podemos aportar desde el psicoanálisis a esta reflexión, la inteligencia humana está atravesada por el deseo inconsciente, que es su impulso primario, ese «eros del logos» del que habla Ardao (1993) al señalar la importancia de la intuición desde el psicoanálisis. Aunque él no lo adscriba a la presencia de la pulsión, no podemos dejar de marcar su importancia en aquello que «habla» a través de la metáfora. La inteligencia artificial es ajena al campo del deseo, lo desconoce completamente. Es incapaz de producir un sueño o un lapsus o un chiste (puede ser que cuente miles que le programaron, pero es incapaz de la ocurrencia ingeniosa y espontánea que dispara la risa). Puede hacer «síntomas», los que en la jerga de la programación se denominan *bugs*. Pero ellos no son fruto de una transacción con el deseo inconsciente, sino errores de los códigos del programa que producen efectos no buscados. Son puros procesos lógicos interferidos entre sí.

¿HACIA DÓNDE CAMINAMOS?

Este parece ser el «estado actual del arte» en cuanto a la comparación entre la inteligencia humana y la artificial. Sin embargo, se aplica solamente a aquellos esfuerzos de desarrollo de una inteligencia artificial basada en sistemas informáticos, cada vez más eficaces en cuanto a su desempeño. Se ha señalado, entre quienes se han dedicado a estudiar los desarrollos de la inteligencia artificial, que ese no es el único camino posible para desarrollar una «superinteligencia». Arocena y Sansone (2023) dan cuenta de los planteos de Nick Bostrom en su texto llamado, precisamente, «Superinteligencia».

Bostrom es un teórico contemporáneo, filósofo de formación, de origen sueco, pero que trabaja actualmente en la Universidad de Oxford. En ese texto, según lo que reseñan Arocena y Sansone (2023), plantea cinco caminos posibles para el desarrollo de una inteligencia similar a la humana e incluso superior. El primero es el que hemos reseñado: la evolución del poder computacional, el que sería capaz de aprender a razonar, planificar y desarrollar complejos retos de procesamiento de datos. Pero, como marcamos, sin la presencia de afectos humanos (amor, celos, odio, ira), aunque tal vez con la capacidad de replicarlos.

El segundo camino estaría marcado por la posibilidad de escanear el cerebro humano para que una computadora pueda generar las estructuras neuronales, al modo de una copia de la naturaleza. La tercera alternativa es el uso de la ingeniería genética para alterar, mejorar o ampliar la inteligencia humana biológica. Por ejemplo, a través de una técnica que ya existe, denominada CRISPR (siglas en inglés de Clustered Regularly Interspaced Short Palindromic Repeats, repeticiones palindrómicas cortas agrupadas y regularmente espaciadas). Esta técnica revolucionaria permite, según una búsqueda en Google (2026), editar genéticamente, ya que actúa como unas «tijeras moleculares» para cortar y modificar el ADN de cualquier organismo con alta precisión, rapidez y bajo costo. Es de enorme utilidad para su uso en agricultura o en medicina, donde permitiría la cura de muchas enfermedades. También genera reparos éticos, por lo que las manipulaciones genéticas o la clonación en humanos en muchos países está terminantemente prohibida.

La cuarta posibilidad es la implantación de dispositivos electrónicos en el cerebro. Es la concreción del *cyborg*, la fusión de organismos biológicos y componentes cibernéticos. Es una tecnología que ya se usa desde hace tiempo y que está teniendo cada vez más aplicaciones en medicina, por ejemplo, para la mejora de la audición, la visión o el habla. También puede usarse para implantar brazos robóticos que sean manejados por el cerebro. Podría llegar a darse el caso (que escuché mencionar hace 30 años a un prestigioso neurólogo) de fabricar chips sobre base de carbono, en lugar de utilizar bases de silicio, como las que se usan actualmente, para implantar memorias adicionales al cerebro. Por ejemplo, los 34 tomos de la *Encyclopaedia Britannica*.

Finalmente, el quinto camino que Bostrom (Arocena & Sansone, 2023) señala es el de las redes colectivas a través de la mejora de los protocolos de interacción entre los millones de usuarios de las redes, que podrían producir algo así como una «inteligencia unificada emergente». En el intercambio, Simon comparó este concepto con la idea de *noosfera*, imaginada hace años por pensadores como Vladimir Vernadsky y Pierre Teilhard de Chardin.

Ya sea mediante el desarrollo de sistemas informáticos cada vez más sofisticados o la interacción e integración de elementos informáticos y biológicos, sería posible el desarrollo de sistemas inteligentes capaces de igualar a la inteligencia humana o superarla. Seguramente muchas de las alternativas pueden parecer poco verosímiles o lejanas. Pero yo comparto los planteos de Arocena y Sansone (2023) en cuanto a la aceleración exponencial de los avances tecnológicos y el conocimiento científico. Y mucho de lo que, no tantos años atrás, podía considerarse digno de la ciencia ficción hoy ya son realidades tangibles.

Esa aceleración que, a mi juicio, comenzó para los seres humanos con la invención de la escritura, se potenció con la imprenta y luego con las computadoras, para desembocar en los sistemas de inteligencia artificial (es decir, sistemas de memoria, conservación y manejo de datos cada vez más sofisticados y complejos), es la que hace que hipótesis como las de Bostrom no suenen descabelladas. Muchas veces, frente a estos reparos, recuerdo una escena de la primera película de la serie *Jurassic Park* (Spielberg, 1993), en la que los protagonistas son perseguidos por un tiranosau-

rio rex que escapó de su jaula. El auto que los transporta se desplaza en medio de la noche y de una fuerte tormenta, entre destellos de relámpagos. Cuando el conductor trata de ver el camino, la cámara muestra una visión hacia adelante de la jungla, desde la posición del conductor, como si miráramos a través del parabrisas. Luego, la cámara se desplaza hacia la izquierda y toma el espejo retrovisor de ese lado. En un fogonazo de un relámpago se ve al tiranosaurio que viene detrás, persiguiendo al coche. En el vidrio del espejo retrovisor está grabada una frase de advertencia: «Objects are closer than they appear» (los objetos están más cerca de lo que parecen). Es un chiste respecto de lo cercano del tiranosaurio, pero también es una advertencia de que esa ficción no está tan lejos de ser real.

ENTONCES, ¿CUÁLES SON LOS DESAFÍOS?

Durante el intercambio en la mesa de debate, tanto Simon como Courtoisie recalcaron las distintas posibilidades de uso de la inteligencia artificial que hoy ya son parte de la vida diaria y de nuestras herramientas cotidianas. Nos percatemos de ello o no. Llevamos en nuestro bolsillo un dispositivo, del que cada vez menos podemos prescindir, que integra muchos programas de inteligencia artificial y recoge constantemente datos generados por nuestro uso, con los que nos propone a cada paso nuevas alternativas de consumo. Los sistemas de GPS que cualquier auto integra descongestionan el tráfico en las ciudades cada vez más atestadas de vehículos. La medicina, la investigación científica, la industria, el transporte, se nutren de programas de inteligencia artificial que aumentan enormemente la obtención de resultados y la seguridad de los procesos.

He señalado algunas en lo previamente expuesto. Concuero con ellos en que los beneficios son indudables en un enorme espectro de campos en los que se aplica el procesamiento masivo de datos. Tanto Simon (2026) como Courtoisie (2026) —por ejemplo, en el texto citado, en el capítulo «Máquinas éticas»— resaltan los beneficios que genera y los prejuicios que la inteligencia artificial despierta. Los tres concordamos en que la ampliación y el desarrollo de los usos de la inteligencia artificial, mientras que exista un control ético, son sumamente deseables. Una posibilidad que sin duda abre es manejar la enorme masa de conocimiento que la inves-

tigación científica ha generado, especialmente en los últimos dos siglos, posibilitando una síntesis y entrecruzamiento de datos que generan, a su vez, un nuevo conocimiento y el desarrollo de nuevas tecnologías que permiten actuar sobre problemas del presente. Por ejemplo, producir alimentos para una población mundial en constante crecimiento o ensayar soluciones para los problemas ocasionados por el cambio climático.

También los tres expusimos los riesgos de estos desarrollos: la investigación para usos militares y de hegemonía política son notorios. La carrera armamentística ha cedido lugar a una carrera por desarrollar sistemas de inteligencia artificial que potencien el uso de las armas, la efectividad de las tropas y la capacidad de anticipar los movimientos del enemigo. Asimismo, ocasiona cambios en el mundo del trabajo. Hay muchos oficios y profesiones que se ven amenazados y pueden desaparecer por los desarrollos de estas tecnologías. Leo en el diario de hoy empresas que despiden masivamente empleados, a nivel mundial, para contratar servidores de inteligencia artificial.

Otro riesgo existe en el campo de la manipulación de la información y en el desvanecimiento paulatino de la noción de *verdad* como forma de manejo de la opinión pública y de los movimientos sociales. Pero, sobre todo, en el hecho de que la mayoría de los desarrollos en inteligencia artificial están concentrados en muy pocas manos, con recursos enormes y poderes con pocos límites, y con escaso contralor de los organismos estatales para verificar la ética de su empleo. Además, tienen una creciente influencia en los sistemas políticos para favorecer corrientes de opinión autoritarias y funcionales a sus intereses particulares, lo que hoy se ha dado en llamar *tecnofascismo*. Son riesgos reales que, no obstante, no justifican el desarrollo de una «tecnofobia» o de un movimiento «neoludita», remedando los que se generaron contra las máquinas en los comienzos de la Revolución Industrial.

Estamos en un momento de cambio civilizatorio y en momentos así es difícil saber cuál es el resultado que puede tener ese proceso. «La rueda está girando y no sabemos a quién le puede tocar la suerte», canta Dylan. A todos nos afecta como integrantes de la *polis* y es un compromiso que asumimos, en condición de tales, para el debate público y el logro del mejor uso social posible de esta herramienta que es la inteligencia artificial.

Eso no impide que pensemos y que tratemos de anticipar los desafíos y, en particular, en mi caso y para dar respuesta al título de este trabajo, en lo que afecta o podría desafiar al psicoanálisis. Hay efectos que ya se pueden observar, impactos en las subjetividades que han comenzado a manifestarse y que podemos reconocer. El primero, que ya he mencionado, es la dilución de la noción de *verdad*. Me refiero a la verdad fáctica, aquello que es comprobable si ocurrió o no.

Hace poco, otro interesante debate en la APU nos permitió acceder a un trabajo de la psicoanalista Lauriña (2026) sobre las llamadas *fake news*, que fue discutido por la periodista Ana Laura Pérez (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, 2026). En su trabajo, Lauriña remarca el impacto que las formas de intercambio de información a través de las redes afectan directamente la subjetivación de las personas, y se pregunta cómo servirse de internet y de la inteligencia artificial «sin ser consumidos por la tentación del TODO» (mayúsculas en el original).

Esta pregunta, creo, plantea un desafío que ya llega a nuestras consultas. Es cierto que la noción de *verdad* de la que el sujeto hablante trata de dar cuenta es un lugar inasible y vacío. No se trata de una verdad objetiva. Es una verdad «mítica», que, como todo mito, tiene algo de ilusión y algo que ocurre siempre en los hechos. Pero a eso se contrapone la verdad de los hechos, como señalaba Pérez (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, 2026), ¿esto ocurrió o no ocurrió?, ¿fulano dijo o hizo tal o cual cosa o no la hizo? Esta necesidad de corroborar hechos fácticos es imprescindible socialmente para decidir acciones. La manipulación de estos, por ejemplo, creando noticias o imágenes falsas, impacta no solo en las acciones sociales (por ejemplo, la llamada Primavera Árabe de 2010), sino en las creencias y la subjetividad de los seres humanos.

Otro de los cambios o desafíos que ya enfrentamos fue planteado por Tauszik (2025) en un excelente trabajo que presentó en el XII Congreso Internacional de la APU en 2024. En él plantea tres cambios que entiende cruciales y que desafían el saber de los analistas. El primero es el cambio en la relación continente/contenido, que hacía subsumir la tecnología a la ciencia, donde la preeminencia era de la ciencia, que oficiaba de continente de la tecnología. Para Tauszik, y concuerdo con él, esa relación se ha subvertido y hoy el predominio es de la tecnología en un proceso acelerado,

donde el científico ha pasado a segundo plano frente al «ingeniero, el entrepreneur y la tecnología», que además maneja los hilos de la política, la economía y las artes, «y la mayor parte de las interacciones del sujeto con el mundo que lo rodea y del que hace parte» (p. 201).

El segundo es lo que Tauszik (2025), tomando como base reflexiones de Lacan, designa como «la irreversible puesta en crisis de un Nombre del Padre desfalleciente» (p. 201), con los efectos que ello tiene para regular la pulsionalidad propia y la del semejante, posibilitando los lazos sociales y la producción de un inconsciente. El tercero es la progresiva «desmaterialización» del «gadget», el accesorio del que disponemos y somos cada vez más dependientes. Esa desmaterialización es promovida por la creciente digitalización de procesos, en los que cada vez más interviene la inteligencia artificial.

Estos son desafíos a los que ya nos enfrentamos y encontramos en nuestra práctica. Para plantear un ejemplo, y sin ir muy lejos, tomando como referencia las modificaciones de los modos de relación del sujeto con el mundo y la desmaterialización de las interacciones: las sesiones analíticas remotas. No entro en el debate sobre la conveniencia de estas. Es muy posible que el desarrollo tecnológico permita, en no mucho tiempo, disponer de accesorios que habiliten sesiones remotas donde no veamos al interlocutor en una pantalla, sino en un holograma en 3D, como si compartiéramos un mismo espacio. Hace mucho tiempo, Bioy Casares (1940/1998) ya había anticipado algo así en su libro *La invención de Morel*. Esa tecnología ya existe y se usa en telecomunicaciones. Cómo y cuánto cambien nuestra práctica y la concepción que tenemos de ella es una pregunta que no puedo responder.

Otro ejemplo: el actor Val Kilmer falleció en abril de 2025. Sin embargo, va a ser el protagonista de una película que ya se está produciendo, para la cual en vida no filmó ni una sola escena, gracias a la acción de la inteligencia artificial que reproducirá su imagen, su voz y sus movimientos con consentimiento de su familia. Varios episodios de la serie, originalmente británica, *Black Mirror* plantean dilemas similares.

Estos son efectos que ya observamos y que desafían el trabajo analítico hoy. Son preguntas que nos formulamos constantemente y a las que los analistas no les hemos podido dar una respuesta que genere consenso.

Pero creo que también hay otros efectos del desarrollo de la inteligencia artificial que aparecen en el horizonte y nos van a desafiar aún mucho más que los mencionados.

En general, en nuestra disciplina tendemos a pensar la inteligencia artificial solo vinculada con el desarrollo algorítmico en componentes digitales. Por lo dicho antes, creo que ese camino de desarrollo de la inteligencia artificial genera los cambios que hemos mencionado, pero no es capaz, ni lo sería, de sustituir la interacción humana, que es el centro de nuestra práctica. Y no lo podría hacer por lo expuesto: la inteligencia artificial digital, algorítmica, nunca va a estar atravesada por el deseo inconsciente. Siempre va a carecer de ese «eros del logos», como dice Ardao (1993), que caracteriza a lo humano. No va a poder producir o comprender metáforas. O, como decía Simon en el intercambio, «va a ser siempre ajena a lo más humano de lo humano, el amor». Y podríamos agregar a cualquier otra pasión: odio, celos, envidia.

Los ejemplos de *chatbots* psicoterapéuticos (hay unos cuantos) que ofrecen servicios de atención sobre la base de programas de inteligencia artificial no pueden acceder a esa dimensión del psiquismo con la que trabajamos en nuestra práctica psicoanalítica. Pero cuando mencioné las hipótesis de Bostrom para el desarrollo de una inteligencia artificial similar o superior a la humana, lo hice porque entiendo que al menos dos de esas cinco alternativas nos tocan de cerca, y ahí sí encuentro desafíos reales al psicoanálisis. Me refiero a la posibilidad de desarrollo de «superinteligencias» con base en la ingeniería genética o al implante de dispositivos digitales en el cerebro, el *cyborg*. Si es posible manipular la genética humana con tecnologías que ya existen (CRISPR), no habrán de demorar las investigaciones que busquen potenciar o desarrollar determinadas capacidades.

Durante la Guerra Fría, el poder disuasorio estuvo centrado en la carrera armamentística. Hoy se centra, y ya lo dicen sus protagonistas (Miranda & Gressani, 2026), en la carrera por lograr mejores y más potentes sistemas de inteligencia artificial. No sería sorprendente entonces que se utilizaran todos los caminos disponibles a ese fin. Pero saliendo de los usos militares, imaginemos una situación en la que la manipulación genética intervenga en el desarrollo de la inteligencia o en la implantación

mediante chips de memorias disponibles al sujeto. Allí no estaríamos ante un dispositivo digital que solo sabe computar datos, sino ante un sujeto deseante, potenciado exponencialmente en sus capacidades cognitivas. Y potenciado en sus memorias, que podrían ser datos o recursos de información, y también efectos sensoriales, marcas sensibles, impulsos. Hasta dónde llegaría un sujeto así, cómo se conformaría su subjetividad, qué impacto tendría en su estructuración psíquica, son interrogantes a futuro a nuestra tarea.

Parece ficción, pero no está muy lejos. Ya se lo preguntaba Arocena (2025) en su presentación en el último congreso de la APU: ¿Qué significa hoy ser humano? ¿Qué efectos de la aceleración de los desarrollos tecnológicos impactan en la forma en que concebimos «lo humano»? He tratado de pensarlos como psicoanalista ante la pregunta abierta que formula la inteligencia artificial. La Esfinge de Tebas ha resurgido. Sus acertijos son otros. Sus azotes también. Para seguir camino hay que intentar una respuesta. ♦

REFERENCIAS

- Álvarez Francese, F. (2016, 30 de mayo). El presente electrónico. Con Hans Ulrich Gumbrecht. *la diaria*. <http://ladiaria.com.uy/articulo/2016/5/el-presente-electronico/>
- Ardao, A. (1993). *Espacio e inteligencia*. Fundación de Cultura Universitaria; Biblioteca de Marcha.
- Arocena, F. (2025). Tiempos de aceleración. En N. Mirza (Coord.), *Erotismo y subjetividades en mutación* (Biblioteca Uruguaya de Psicoanálisis, Vol. 14). Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Arocena, F., & Sansone, S. (2023). *Aceleración*. Estuario.
- Asociación Psicoanalítica del Uruguay. (2026, 13 de abril). *Fake news y realidad psíquica* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=gX6RiLnLN-M>
- Bioy Casares, A. (1998). *La invención de Morel*. Emecé. (Trabajo original publicado en 1940).
- Borges, J. L. (1955). Prologo. En R. Bradbury, *Crónicas marcianas*. Minotauro.
- Courtoisie, A. (2026). *Filosofía de la técnica. Una mirada desde la apropiación social*. Ediciones del Colectivo por el Derecho a la Tierra.
- Freud, S. (1984). 27.ª conferencia: La transferencia. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 16, pp. 392-407). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917).
- Freud, S. (1986). Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I). En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 121-144). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).
- Freud, S. (1992). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 1, pp. 211-322). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950).
- Google. (2026). *Gemini* [Modelo de IA con búsqueda web integrada]. google.com.

- Lauriña, C. (2026, 22 de enero). *Fake news y realidad psíquica*. elSigma. <https://www.elsigma.com/psicoanalisis-ley/fake-news-y-realidad-psiquica/14692>
- Lieberman, D. (1980). Evaluación de las entrevistas diagnósticas previas a la iniciación de los tratamientos analíticos. En C. A. Paz, H. Friedenthal, & G. W. de Lehmann, *Analizabilidad y momentos vitales*. Nau Llibres.
- Michel, M. (2024, 5 de marzo). ¿Qué le falta a la inteligencia artificial para ser inteligente? *Extramuros*, 112. <https://extramurosrevista.com/que-le-falta-a-la-inteligencia-artificial-para-ser-inteligente/>
- Miranda, A., & Gressani, G. (2026, 21 de abril). El manifiesto de Palantir para la dominación. El Grand Continent. <https://legrandcontinent.eu/es/2026/04/21/el-manifiesto-de-palantir-para-la-dominacion/>
- Piaget, J. (1973). *Estudios de psicología genética*. Emecé.
- Razonamiento abductivo. (2024, 1 de octubre). En *Wikipedia*. https://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Razonamiento_abductivo&oldid=162774175
- Simon, M. (2026, 2 de enero). Con lo mejor de nosotros. Algunas consideraciones, y algunas positivas, sobre la inteligencia artificial. *Brecha*. <https://brecha.com.uy/con-lo-mejor-de-nosotros/>
- Spielberg, S. (Dir.). (1993). *Jurassic Park* [Película]. Universal Pictures.
- Tauszik, J. M. (2025). 1924-2024: Cien años. ¿Y mañana? La subjetivación en un contexto digital. En N. Mirza (Coord.), *Erotismo y subjetividades en mutación* (Biblioteca Uruguaya de Psicoanálisis, Vol. 14). Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Teoría de las inteligencias múltiples. (2026, 20 de marzo). *Wikipedia*. https://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Teor%C3%ADa_de_las_inteligencias_m%C3%BAltiples&oldid=172591595
- Unir. (2025, 18 de marzo). *Las 8 inteligencias múltiples según Howard Gardner*. <https://mexico.unir.net/noticias/educacion/howard-gardner-inteligencias-multiples-creatividad/>